

LA PINTURA TEATRAL DE RAFA SOSA

Por: Héctor Ceballos Garibay

La pintura como invención teatral, en escenarios intensamente saturados de color, aparece como una de las claves señeras que explican la obra de Rafael Sosa, uno de los artistas más talentosos del amplio espectro conformado por la nueva plástica michoacana. En la mayoría de sus cuadros, sobre todo en los óleos y los acrílicos, emerge siempre una suerte de imaginativa puesta en escena donde las figuras (seres humanos, animales, plantas, rocas y volcanes) dialogan con fluidez y desparpajo a través de multitud de formas y de tonalidades exuberantes, principalmente los rojos, los azules, los morados, los amarillos y los verdes. Se trata de cuerpos y rostros actuando e interactuando, situados de manera aleatoria en una desaforada comunicación que se testimonia por doquier: los individuos y los objetos de pronto, caprichosamente, se atiborran, se agitan, se contraponen, se entrecruzan, se amontonan, se repelen, se reacomodan y, gracias al talento del pintor, producen a la postre una catarsis estética liberadora y excelsa.

Cada obra particular del artista no sólo conforma un estallido profuso y revulsivo de colores incandescentes y furiosos (que remite a los *fauves* franceses), sino que además constituye un tinglado, a veces festivo y otras tantas dramático, en donde despuntan los estados de ánimo más prototípicos y contrastantes del alma: semblantes impávidos o furibundos, caras difuminadas y enigmáticas, actitudes desafiantes o melancólicas, todo ello compuesto a través de un lúcido temple cromático y crítico que sin duda encuentra sus raíces en el viejo y el nuevo Expresionismo. La vida como teatro y el teatro en tanto que refiguración artística de la vida. Escenas cotidianas o extraordinarias, peripecias del mundo de todos los días: cuerpos accidentados y destrozados, masas corporales obesas y gigantescas deambulando sin destino, cabezas pelonas inquiriendo respuestas, sujetos medrosos o abusivos que se esconden detrás de una selva de plantas o de asfalto, el dolor y la alegría humanas vestidos de rutilantes colores, justo para salir al proscenio convertidos en obras de arte de excelente factura.

La imaginería artística del pintor se aviene bien con la metáfora del teatro, con ese universo fastuoso y a veces esperpéntico en donde confluyen infinidad de personajes y de cosas (sandías, peces, pies, tijeras, caballos, lobos, casas, vasos, plantas) que dialogan

entre sí aunque no siempre de tales encuentros surja el entendimiento. Pero lo importante en estos cuadros no es proyectar la comprensión o la clarificación racional de las situaciones expuestas, sino el flujo y el reflujo incesante de las imágenes; lo trascendente es el concierto afortunado de los colores puros que gritan su presencia; lo esencial resulta ser ese juego virtuoso de silencios y gesticulaciones que termina convertido en un montaje escénico capaz de conmover estéticamente al público. Y nosotros, en tanto que espectadores entusiastas, ciertamente no salimos indemnes de la lúdica experiencia pictórico-teatral. Por el contrario, cada montaje –acuarela, pastel, óleo- impacta nuestra sensibilidad, nos estruja la percepción y nos deja una huella indeleble en el corazón, igual que lo hace a su manera un drama inmortal de Sófocles o Ibsen.

Además de ser profundamente teatral, la obra de Rafa Sosa descuella por su propuesta original dentro de la figuración neoexpresionista contemporánea. El ensimismamiento de los objetos, el atiborramiento de las personas, la falta de perspectiva, la fuerza álgida de los colores, la composición azarosa y cambiante de las situaciones, la sensación de dinamismo, todos estos elementos se amalgaman finalmente para producir un muestrario artístico *sui generis*, un regocijo para los ojos que siempre sorprende por la profundidad de sus enigmas y por la complejidad simbólica de sus creaciones. No hay, en este legado estético, planteamientos obvios ni desenlaces previsibles. Más bien reina la impronta del inconsciente, el peso ineludible del mundo onírico, el empuje de un inconsciente tortuoso que se disfraza mediante desnudos sin erotismo, que se cuela subrepticamente en la mudez de esos rostros difuminados en donde se adivina la culpa y la desazón. Acertijos existenciales trasladados al lienzo gracias a la pasión indómita que el artista siente y profesa a favor de ese personaje ubicuo y elocuente que es el color. ¡Un color ardiente e implacable! Y sin ese vistoso elemento, el color, la obra quedaría sin su aliento vital. Dicho de otra manera, el cromatismo vasto y palpitante de Rafa Sosa cumple la función primigenia de los parlamentos en los montajes teatrales; todo lo demás, la bien lograda composición y la diestra expresividad de los entes y de las personas no son otra cosa que el gran complemento escenográfico donde por suerte la actuación histriónica interpela y fascina al público. Ambos factores, el color como gran personaje y la forma a manera de virtuosa puesta en escena, conviven y se nutren armónicamente en estos cuadros del pintor uruapense, quien así consigue regalarnos un delicioso espectáculo visual.

